

## **Convivencia de formación. Meditaciones**

### **9. Trato con la humanidad Santísima del Señor y unidad de vida**

"El blanco era difícil. Un águila oscura con solo una pluma blanca en la punta del ala volaba alto, muy alto en curvas caprichosas, y desde el suelo con una sola flecha había que arrancarle la plumita blanca sin herir al ave. Llegó el primer arquero al centro reglamentario, y el Maestro le preguntó: "-¿qué ves?" Contestó: "-Veo el público, y mi familia y amigos...; veo el prado y las plantas y los árboles que me rodean; veo las nubes en el cielo, y el águila que entre ellas vuela". "-Ves demasiado", dijo el Maestro, y lo despidió.

Llegó el segundo. "-¿Qué ves?" "-Veo sólo el punto blanco de la pluma que he de alcanzar con mi flecha". "-Ves demasiado poco", dijo el Maestro, y lo despidió.

Llegó el tercero. "-¿Qué ves?" "-Más que ver, siento. Siento a mi alrededor el público que con sus voces y sus gestos señalan el vuelo del águila; siento en mi piel la fuerza y la dirección del viento que me indica sin yo distraerme, hacia dónde va a empujar mi flecha; siento el arco y la flecha como prolongación de mi brazo y mano, y la pluma blanca en el cielo que se deja acariciar desde aquí por mi mirada". "-Tú estás preparado", dijo el Maestro, "puedes tirar". Hubo un momento de susurros y miradas, de brisas y caricias, del sonido vibrante del arco seguro y la trayectoria certera de la flecha veloz. Un momento en que el todo se unió con el todo, y árboles y nubes y rostros y miradas se unieron en la punta de la flecha y en el copo blanco de la pluma que descendió satisfecha de satisfacer a todos. Cuando todo es uno, todo vive".

Me gustó la historia, firmada por la hermana Teresita Santamaría, pues pensé que más que hacer cosas hay que vivirlas, sentir ese momento mágico que está escondido en cada cosa. A veces estamos replegados sobre nosotros mismos, no somos capaces de ese sentir la vida. El egoísmo nos impide darnos cuenta de lo que hay a nuestro alrededor, nos anula, priva de ser uno mismo quien actúa. Tendemos a dejarnos llevar por la rutina, el aburrimiento, y en esta situación caben las dos posibilidades: caer en la rutina que esclaviza -ver poco- o como el primer arquero ver demasiado, divagar, pues -decía san Josemaría Escrivá- "es fácil que la imaginación se desate y busque un refugio en la fantasía que, alejando de la realidad, acaba adormeciendo la voluntad. Es lo que repetidas veces he llamado la 'mística ojalatera', hecha de ensueños vanos y de falsos idealismos: ¡ojalá no me hubiera casado, ojalá no tuviera esa profesión, ojalá tuviera más salud, o menos años, o más tiempo!" En esos casos, uno tiende a escapar de aquella situación a la que no quiere enfrentarse, como la protagonista de la novela "Donde el corazón te lleve" de S. Tamaro, que dice a la abuela que se va a América, pues "así al menos no pierdo el tiempo y aprendo idiomas".

Pero le contesta la abuela que la vida no es una carrera sino un tiro con arco, lo importante en la vida no es hacer muchas cosas y no perder nunca el tiempo sino estar centrado, y el que no está centrado está descentrado, inquieto hasta que encuentra su centro.

Hay que evitar esos dos peligros: ver tan poco que uno acaba esclavo del deber, trabajo, afán de dinero... y está aburrido; y como consecuencia la cabeza va hacia otra parte, escapa entre ensueños que alejan de la realidad. Hemos de vivir la vida, estar centrados en lo que toca en cada instante, y "sentir" el momento presente como la única cosa existente, sin pensar en lo que pasó ni en lo que vendrá. Dios está como escondido en cada quehacer, y ese "algo divino" que está en todas las cosas está siempre ahí, esperando que sepamos encontrarlo, vivir cada instante con "vibración de eternidad", como recordaba estos días Mons. Javier Echevarría con unos versos del poeta Joan Maragall, que comprendía muy bien ese "algo divino" encerrado en cada instante: "Esfuézate en tu quehacer / como si de cada detalle que pienses, / de cada palabra que digas, / de cada pieza que pongas, / de cada golpe de martillo que des, / dependiese la salvación de la humanidad / porque en efecto depende, créelo". Se llega así a una síntesis integradora de todo el quehacer, en la vocación de hijo de Dios: «Trabajar así es oración. Estudiar así es oración. Investigar así es oración. No salimos nunca de lo mismo: todo es oración, todo puede y debe llevarnos a Dios, alimentar ese trato continuo con El, de la mañana a la noche. Todo trabajo honrado puede ser oración; y todo trabajo, que es oración, es apostolado. De este modo el alma se enreca en una unidad de vida sencilla y fuerte».

Hace ya días, en la lectura del breviario, se decían unas cosas muy bonitas: era un comentario a como el Señor nunca deja de pagar lo que hemos hecho por Él, y si nosotros estamos ayudando a los demás, estamos ayudando a Cristo; y Él, que es muy agradecido, estará contentísimo, está contento de nosotros y todo lo que hacemos por los demás, lo hacemos por Él, y Él, no nos dejará nunca solos. Él asegurará nuestra fidelidad, nuestro camino, también conmovido por lo que de generosidad ha habido en nuestra vida. Él, que es pan -para darse-, Él, que es comida -don de sí-, se nos mete dentro cuando nosotros nos damos. Él nos enseña esta ciencia del Amor, que la mejor inversión es darse, y por tanto, nunca hemos como de tener...., no sé, la sensación de que me afecte... cuando se necesite trabajar, o tener más o tener éxito y poder... Cuando pasa el tiempo piensa: -"estoy perdiendo la vida, estoy malgastando mis años". -No, no, nunca tendremos esta sensación. La vida sólo se pierde lo que se guarda uno para sí. En la vida sólo tenemos -en el sentido de plenitud-, sólo tenemos lo que hemos dado, y cuanto más nos damos más se nos da; cuanto más nos damos más tenemos. Y sin nervios, con paz, queremos pedirle al Señor: Ayúdame a darme del todo, para que Tú también te puedas dar del todo, para encontrar esta plenitud de Amor, de Vida.

Junto al Amor, el Señor nos da la Esperanza, nos da la Fe, y esto es lo que nos mueve a cumplir el deber, abandonarnos en su Misericordia, a velar por los pobres y por los ricos; hacer como Jesús, un espacio amplio donde caben todos, y esto, será la unidad de los cristianos que el Señor nos pide en este tiempo. Fruto de nuestra unión con Cristo. -"Para mi, la vida es Cristo", dirá S. Pablo-, fruto de este "meterme en la piel de Cristo", entonces, tendré esta paz de Cristo y podré darla en primer lugar en casa, y con los demás, con afecto, con la labor dar paz. Dar paz..., la gente necesita paz.

En el Evangelio de la Misa de S. Josemaría vemos la barca de Pedro y cómo Jesús se mete dentro. Cuando acabó de hablar a la multitud, le dice al pescador: "¡imar adentro!" Jesús -Dios hecho hombre- se mete en la barca de Pedro, en su vida, y su Humanidad Santísima del Señor, es este discernimiento -Camino, Verdad y Vida-, es este modo de ir al Padre y este modo apasionado de participar de sus sentimientos: "Amad la Humanidad Santísima de Jesucristo". Nos decía: "No hay en esto, nada de sensualidad, de equivocación, al contrario, es amar el paso de Dios por la tierra. Os repito, que ya se lo hacía considerar a los primeros que venían junto a mí, quería hacerles descubrir que tenemos la obligación de amar a Jesús, que se anonadó haciéndose como nosotros, para que pudiéramos amarle con más facilidad."

Hemos recordado cómo la unión con Jesús, su humanidad santísima, nos da conciencia de filiación divina, y de ahí se vive con sencillez la piedad, con una intimidad con Dios que no disminuya, con cariño, una presencia especial, con mucho cariño en el trabajo, bien hecho y cuidando los detalles pequeños, sabiendo que allí, nos acompaña el Señor. Por esa cercanía queremos tener una conversación íntima con Él, se ansía tener una presencia de Jesús constante, queremos que sea nuestro Rey. San Josemaría nos decía que "ansía reinar en nuestros corazones de hijos de Dios". Y decirle a una persona: "eres mi Rey", significa decirle que: "Estoy a tus órdenes", significa, que tus deseos son órdenes; significa, que quiero hacer lo que Tu quieras...., y, también es nuestro médico y significa mostrarnos sin escondernos, sin esconder los síntomas, mostrando nuestras debilidades, y mostrándonos sin esta especie de querer escondernos, y dejarle hacer, dejarle que como médico actúe en nuestra alma: ¡Señor, que pasa esto! Este encuentro sincero, de reconocer nuestras limitaciones, es la oración. Es la oración de esa desnudez espiritual, este ir directamente al Señor; este no tener miedo a sabernos como somos, porque en el fondo se identifica con mostrarnos a nosotros mismos. Decirle: ¡Señor, me pasa esto!, significa decir: no tengo miedo a reconocermelo como soy, porque tenemos esta plenitud de aceptación, saber que el Señor nos quiere como somos, y así nos encontramos muy bien, muy a gusto; por eso, queremos mostrarnos como somos. Es nuestro Maestro, una ciencia que sólo Él posee; dar un amor sin límites a Dios, todos los días.